

Registro de causantes, de Daniel Sada

Nancy Sanciprián

capaz de abandonarla, igual que no se podría abandonar a Dios luego de conocerlo; el escritor no cree en el conocimiento que se le ha revelado, se hace patente que desde el inicio la fascinación fue por la retórica de la muerte, por el misterio antes de resolverlo, por el sexo descuartizado del poeta o el impacto estético de la locura. La vida, como un testigo de Dios, es la prueba absoluta del fracaso del rito, no importa que justo después, en la parte final, presenciemos el suicidio del personaje —idéntico al del poeta—, pues esta vez no se trata de una muerte sino de una dramatización, de un truco de congruencia literaria que pretende redondear la novela, pero es ajeno al misterio. En las últimas páginas el autor había dejado de creer, pero no se atrevió a alterar el destino original, por mero trámite literario prefirió seguir el rito, aunque fingiera.

La interpretación que Volpi hizo de Cuesta es admirable, pero ocultó los resultados de la autoexperimentación. Si bien es cierto que su meta —la tragedia de Cuesta—, quedó resuelta, en cambio no nos reveló el destino, ciertamente distinto, del personaje. Nuevamente el autor se satisface en lo personal, se salva cuando deja de creer en la muerte, pero se salva solo; usa la narrativa como método de conocimiento pero no se compromete con ella como medio de comunicación, ignora a los lectores. A cambio de su egoísmo o su apresuramiento, Volpi no contribuyó a desarrollar la tradición del amor a la muerte, peor aún, no nos heredó una de esas escasas tragedias en las que el protagonista se sustrae a la desgracia. Jorge Volpi está vivo, su personaje está emasculado y muerto, ambos han perdido la ordalía.

Si recapacitamos en que es una intromisión insoportable decirle a un escritor cómo debió concluir su historia —lo cual, según el principio literario, sería materia de otra historia—, digamos, avocándonos sólo a lo que está escrito, que *A pesar del oscuro silencio* es una novela que usa el género narrativo para corroborar una investigación. Contra lo que señala la advertencia contenida en la revista *Plural* en el sentido de que el ensayo "El magisterio de Jorge Cuesta" sirve de sustento teórico de la novela, en realidad ambos trabajos son materialmente "ensayos" respaldados por diferentes métodos de conocimiento. Sin embargo, en el caso del "ensayo narrativo" la castración del poeta se convirtió en la masturbación del novelista, en el orgasmo prematuro de un estudioso. ◊

La reunión de estos diecisiete relatos nos permite apreciar una diversidad de voces acumuladas en una especie de memoria auditiva, que devuelve al desierto la urdimbre de historias insólitas repetidas en alguna velada, recorrido interminable entre suposiciones y certidumbres, revisión de engaños, recuento de habladurías que sólo un oído atento atesora. Sada reencuentra los hilos de la oralidad y con ellos se lía y se deslía, ata y desata un discurso en donde las anécdotas se han cristalizado, en un estilo ciertamente aventurado (desestructuración de la frase, uso despiadado de los dos puntos), y sin embargo notable.

Cultivador del ocio a la manera de Reyes, busca —en esta muestra de su quehacer narrativo— contar lo que imagina, no lo que entiende. Todo sucede en Sacramento, hombres y mujeres van y vienen del desierto, ellos son los causantes, los que pueblan el anecdotario norteño que, no obstante su asimilación en un juego discursivo que en ocasiones llega a ser un "follón piruetero", conseguimos escuchar. Son las voces de los presos en aquel vagón-cárcel que de pronto se desprende del pueblo junto con el casino; de los asombrados dolientes que asisten a los dos velorios de un presidente y al espectáculo de su resurrección ante la viuda azorada; del velador que ya no espera a nadie en El Gavilán; de los tres que discuten sobre la distancia entre dos pueblos; la voz del tipo en el micrófono atentando estúpidamente contra el equilibrista; la de los herma-

nos que se defienden bajo la tibia oscuridad del azar. Palabras contundentes como las del párroco ofreciendo salvación eterna a los restauradores de la campana, o las del enano anunciando el advenimiento de un apocalipsis entre botellas en Charcos de Risa.

En relatos breves como "Filo de equilibrio" y "La apariencia: una casualidad" es indiscutible la destreza narrativa con la que se recrea un momento de riesgo, de indefinición que atemoriza pero finalmente no atrapa al individuo:

Es que: ya se le antojaba el fin. Debido a la inmediatez se le antojaba correr —tal si huiera de un infierno— sin importarle el peligro. ¿Muerto a la vista de todos?: cómo el padre? ¿Ni de chiste! Entonces, no le quedaba otra cosa que una quietud manejable. Al contrario y por su bien deseaba ahora más que nunca un arribo calculado, es decir: la otra orilla del momento, del aplauso accidental. [...] El reto es lo que sostiene a lo que puede abismarse.

Daniel Sada (premio Xavier Villaurrutia en 1992) sabe que la capacidad perturbadora de la palabra viva, tocada por la gracia y la imaginación es el material de la cruceta que tiene en las manos. ◊

Daniel Sada, *Registro de causantes*. Joaquín Mortiz, México, 1992, 165 pp.

